



## FILOSOFÍA DE LA GUERRA

## PHILOSOPHY OF WAR

**Federico Aznar Fernández-Montesinos**

Capitán de Fragata  
Analista del Instituto Español de Estudios Estratégicos  
CESEDEN  
faznfer@fn.mde.es

**Cómo citar este artículo/Citation:** Aznar Fernández-Montesinos, F. (2014). "Filosofía de la guerra". *Arbor*, 190 (765): a096. doi: <http://dx.doi.org/10.3989/arbor.2014.765n1003>

**Copyright:** © 2014 CSIC. Este es un artículo de acceso abierto distribuido bajo los términos de la licencia Creative Commons Attribution-Non Commercial (by-nc) Spain 3.0.

Recibido: 5 junio 2012. Aceptado: 2 diciembre 2013.

**RESUMEN:** La guerra es una actividad que escapa al plano militar por donde normalmente es vehiculada. Es una actividad inherentemente política y dotada de una lógica propia, una lógica de transformación bien distinta de la aproximación lineal con la que se manejan los asuntos cotidianos. La guerra es una realidad social que precisa ser estudiada científicamente; de la ignorancia, al igual que sucede en cualquier enfermedad, no se desprende nada bueno.

**ABSTRACT:** War is an activity that transcends the military plane on which is normally articulated. It is an inherently political activity endowed with a logic of its own, a logic of transformation that is very different from any linear approach familiar from daily life. War is a social reality that needs to be studied scientifically. Ignorance about it, as with any disease, is not a good thing.

**PALABRAS CLAVE:** Filosofía de la guerra; militar; guerra; polemología; conflicto.

**KEYWORDS:** Philosophy of war; military; war; war studies.

*Canta, oh diosa, la cólera del Pelida Aquiles;  
cólera funesta que causó infinitos males a los aqueos  
y precipitó al Hades muchas almas valerosas de héroes,  
a quienes hizo presa de perros y pasto de aves  
-cumplíase la voluntad de Zeus- desde que se separaron  
disputando el Átrida, rey de hombres, y el divino Aquiles.  
¿Cuál de los dioses promovió entre ellos la contienda para que pelearan?*

(La Ilíada, Canto I)

Decía Dilthey que “*a la naturaleza se la explica, al hombre se le comprende.*” Por eso, un buen referente para el estudio de las pasiones del alma humana son los clásicos de la literatura de la Grecia Antigua.

La guerra, como no podía ser de otra manera, es un lugar recurrente en las trayectorias vitales de muchos héroes clásicos. La *Ilíada*, por ejemplo, es un canto a la cólera de Aquiles, en la que dioses y hombres tienen su papel.

Y es que el mundo griego atendió, en su momento, las esencias de los problemas que se le plantean al hombre de hoy. Sus mitos plasman la visión belígena de una parte de la sociedad griega, pero también sirve de plataforma para exponer la superioridad de la inteligencia sobre las pasiones.

La Casa de Atreo, el trono de los átridas, se encuentra transversalmente unida a muchas de las tragedias y obras épicas de ese periodo, a las que aporta personajes como Agamenón, Clitemnestra, Menelao, Orestes, Ifigenia, Helena, Electra, Pélope... héroes arrebatados, abandonados a la pasión a la vez que víctimas de un destino tejido en lo más alto y que no son capaces de controlar.

Es la *hybris* (en griego *ὑβρις* *húbris*), la desmesura, el arrebato, la pasión tantas veces ligada a la enfermedad. El proceder desmedido de muchos héroes clásicos los convierte en estereotipos, en patrones que encarnan distintos factores polemológicos, además de casos paradigmáticos del psicoanálisis, como recogería Freud en sus trabajos. Griega es la contraposición entre violencia (*bios*) y justicia (*diké*) y también la asociación entre paz (*eirene*) y justicia (*diké*).

Los personajes de la *Ilíada* no son ajenos a los deseos de rapiña y expolio; Agamenón encarna la pasión por el poder, Ifigenia el triunfo de la razón de Estado, Aquiles la pugna por la gloria, Ajax es la fuerza; Ulises hace de la guerra “*el arte del engaño*”. En la *Orestíada* se encuentra un primer planteamiento de los conflictos de género, saldado entonces en beneficio del varón. Muchas otras historias, como los Argonautas, encarnan una visión de la guerra como aventura.

Porque debe quedar claro que los griegos<sup>1</sup> presentan la guerra en toda su extensión y crueldad, no tratan de justificarla – sus dioses no siempre son justos, para algo son dioses- simplemente la exponen; sus héroes no encarnan la parte positiva de una visión maniquea, sino que aúnan gallardía y vileza. Hoy, y de la mano de autores griegos, resuena todavía el lamento de las mujeres de Troya<sup>2</sup> por la destrucción de la guerra.

## 1. LA POLEMOLÓGIA COMO CIENCIA

Polemos, en griego, significa lucha, guerra. Si antes la historia se entendía como una sucesión de monarcas, guerras y batallas, hoy esta palabra está demonizada. Su uso ha quedado proscrito y su nombre resulta incómodo por las connotaciones e implicaciones que la acompañan.

Y es que con el silencio se trata de conjurar la guerra, pero sin embargo, se la convoca cuando se habla de paz. Ello sucede por la alteridad dialéctica de los conceptos que trae consigo la armonización de los opuestos; de este modo, cuando se invoca a un término implícitamente también se llama a su contrario, por la simple razón de que se conjugan simultáneamente.

Es capital, consecuentemente, tener en consideración que tanto la guerra como la paz tienen la misma finalidad y, por tanto, no son ni pueden ser conceptos antinómicos. El voluntarismo, el ánimo de trabajar en positivo, no puede ignorar la realidad por más que pretenda transformarla.

Comte y Spencer ya habían anunciado la muerte de la guerra durante el siglo XIX; el 27 de agosto de 1928 quince Estados y al que se adheriría España, suscribieron el acuerdo Briand-Kellog, por el que condenaban la guerra, renunciando a ella como instrumento político, prohibición ésta más tarde recogida por la Constitución española de 1931<sup>3</sup>. No obstante, el siglo XX será el más catastrófico de todos en términos de violencia.

Occidente prácticamente ya no hace guerras, y presenta sus conflictos como crisis, cuando no como operaciones de imposición de la paz – una singular aporía- efectuadas con todos los medios necesarios, por más que tal denominación carezca de cartas de naturaleza que la avalen. El gran metarrelato justificativo (en otros tiempos) de los “*Ejércitos conquistadores*” ha desaparecido y el metarrelato emergente es el de los “*Ejércitos para la paz*” (García Caneiro, José y Vidarte Francisco Javier 2002, p. 203).

Podría concluirse que estudiando la paz se puede evitar la guerra. Pero es una afirmación errónea, y lo es tanto porque los límites de uno y otro concepto no coinciden, como porque ésta cuenta con una lógica propia, diferente y no opuesta a la lógica de la paz. Por consiguiente, para conocer la guerra hay que estudiar la guerra. Liddell Hart y Bouthoul ya lo señalaron, parafraseando el célebre aforismo romano de Vegecio<sup>4</sup> llegan a vaticinar, “*si quieres la paz, conoce la guerra.*”<sup>5</sup>

Lo concluido parece una verdad de perogrullo pero, pese a su naturaleza real y sustancial, prejuicios atávicos y el temor a tener que incurrir en afirmaciones no políticamente correctas disuadieron durante años al mundo académico, al menos en España, de sumergirse decididamente en su estudio, aunque las cosas parece que han comenzado a cambiar.

Del estudio de la guerra se ocupará la Polemología, término acuñado en una fecha tan tardía como 1945, por un pacifista, el sociólogo francés Gastón Bouthoul; su cometido consistiría, según sus palabras, en *“el estudio objetivo y científico de las guerras como fenómeno social susceptible de observación.”* Frente a ella se encuentra la Irenología que etimológicamente significa el estudio de la paz y se ocupa del otro lado.

En cualquier caso, y aunque no todo lo que debiera en nuestro país, la Polemología (bajo este nombre u otros) está singularmente vigente si se considera la cantidad de instituciones y organizaciones dedicadas al estudio y prevención de los conflictos existentes en la actualidad.

Para alcanzar este fin, la Polemología se presenta como una ciencia social de naturaleza interdisciplinar, con todos los rigores asociados a la palabra *“ciencia”* y con todos los complejos del apellido *“social”*.

Llegados a este punto conviene preguntarse acerca de qué es la guerra. El problema es que definir significa etimológicamente dar límites, pretendiendo acotar lo que no quiere ni se deja. Categorizar en estos casos es siempre una tarea compleja, cuando no sencillamente imposible.

## 2. HACIA UNA DEFINICIÓN DE LA GUERRA

La guerra no es un concepto estático; sus límites, además, son imprecisos en la medida en que no los marca necesariamente la violencia.

Desde un punto de vista lingüístico el término guerra tiene acepciones que van desde el campo político-social hasta el individual y moral. En el diccionario de la Real Academia Española (RAE), la definición de guerra incluye un amplio abanico de actividades, desde cualquier combate moral hasta la lucha armada.

La guerra es, en sí misma, mutación, cambio, superación. Con la guerra se abren los caminos bloqueados; no pocos de los avances acaecidos en la historia de la humanidad (no sólo tecnológico sino de todo tipo) se han producido estimulados por este estado de necesidad. Es la violencia partera de la que hablara Marx

*“la violencia es la comadrona de la nueva sociedad. Los disturbios sangrientos son la necesidad frecuentemente ineludible del desarrollo”* y Sorel lo remata al decir que *“la violencia es un fenómeno originario de la vida y no necesita el beneplácito del derecho y el ideal. La violencia cumple la única función creadora de la historia...es la gran pasión, la íntima fuerza mística y el poder reconstructor, esencialmente irracional y precisamente por ello puro y auténtico.”*

Desde un punto de vista organicista, es asimilada a la tipología de fenómenos de acumulación lenta de energía a la que sigue su descarga brusca. En otros términos, la guerra supone el rápido consumo de un capital humano acumulado.

Clausewitz, por su parte, define la guerra, como un *“duelo,”* un combate singular amplificado, en esencia un *“acto de fuerza para obligar al contrario al cumplimiento de nuestra voluntad,”* tesis con la que aúna medio (la fuerza) y también el fin; a ello añade *“que la guerra es un pulso de energía de fuerza variable y por tanto variable también en cuanto a la rapidez con que estalla y descarga su energía.”*

En el siglo XIX, el desarrollo de las teorías darvinistas<sup>6</sup> de evolución de las especies y su aplicación al ámbito de las relaciones humanas, trajo una visión deseable de la guerra como ley de vida, una suerte de mecanismo para subyugar a las naciones inferiores o rematar a los imperios moribundos introduciendo así a sus pueblos en un nuevo ciclo. Esto es, una crisis de la que se deriva una reordenación de las Relaciones Internacionales con una nueva puesta en valor de unos y de otros. Como aseguara Cousin:

*“cuando la idea de un pueblo ha caducado, este pueblo desaparece y está bien así; pero no cede el lugar sin resistencia: de ahí la guerra. Hay que aplaudirla y glorificarla. El vencido siempre se merece serlo; acusar al vencedor y tomar partido en su contra es tomar partido contra la Humanidad y quejarse del progreso de las civilizaciones (Verstrynge, 1979).*

Compartían, de este modo, la visión positiva de la guerra que la señala como uno de los principales motores de evolución. Mahan, por ejemplo, veía en la guerra una *“ley de progreso”* como también lo hacía Renan. Cyril Fall llegaría a afirmar: *“surgen de la guerra grandes y nobles ideas. Las más altas aspiraciones que el hombre siente por el hombre, arraigan y florecen en su fango, del mismo modo que las rosas pueden crecer en sus estercoleros”* (Fraga Iribarne, 1962).

Clausewitz hablaba de *“guerra absoluta”*, concepto este completado y superado por la *“guerra total”* de Ludendorff. Si el primero consideraba la guerra como

una prolongación de la política y lo militar como su instrumento. La siguiente fase, encabezada por Ludendorff, fue la subordinación de lo político a lo militar.

Como características comunes a estas definiciones cabe señalar su carácter sangriento, su naturaleza colectiva y total y su desarrollo en el ámbito de sociedades: requiere de un encuentro activo entre fuerzas enfrentadas y de un importante grado de organización, porque la organización guerrera no puede deslindarse fácilmente de la social, al igual que la tecnología de las armas no puede hacerlo de los utensilios. Por ello, sólo a partir del Neolítico resulta apropiado hablar de guerras; es más, las primeras huellas indiscutibles de este fenómeno son de la edad del bronce.

En cualquier caso, la guerra también es expresión de la existencia de una relación. Entre los imperios romano y chino no había guerra, porque tampoco existía relación directa alguna. Paneblanco, califica la guerra como *“la principal institución del sistema político internacional”*. Sería así un reajuste de las relaciones entre dos grupos sociales organizados, que no las interrumpe sino que les añade una dimensión suplementaria la cual se materializa a través de la violencia.

Es más la guerra, en cuanto que forma de relación precisa de todos los elementos que caracterizan el diálogo al que se añade violencia: reconocimiento, alteridad, empatía, interacción...

### 3. GUERRA Y POLÍTICA

De lo dicho hasta ahora se puede deducir que la naturaleza de la guerra es instrumental, ya que, como apuntaba Clausewitz, sirve a un objetivo político: *“el objetivo de la acción guerrera es un equivalente del fin político.”*

La guerra no tiene sentido en sí misma; tiene una finalidad y un sentido político, es la política quien marca el *“para que”* de la guerra. Y en este sentido la naturaleza de los fines está afectada por la naturaleza de los medios. El medio es la guerra; si la guerra es brutal, desmedida, sin límites, probablemente los fines políticos se verán afectados por la brutalidad y la falta de medida. Una guerra total da paso a una victoria total, pero también a una derrota total (González Martín, Andrés et al, 2008).

La guerra supone un enfrentamiento de poderes y no es un acto ético, ni justo, ni legal... ni siquiera militar; y cualquier análisis que se emprenda desde estos planos sin resultar falso es incompleto e induce a la adopción de decisiones erróneas. Es un acto político

que, atendiendo a su dimensión integral, supera y desborda cualquiera de los planos considerados: la guerra es ciertamente una Institución de Derecho Internacional Público, pero es algo más que eso. Entre los primeros actos realizados por los británicos durante la guerra de las Malvinas fue la incautación de los bienes británicos argentinos en las islas.

Es, pues, por encima de todo un instrumento de la política; se encuentra al servicio de otros fines. Y encarna una contradicción: la finalidad de la guerra es la paz entendiendo esta como la nueva situación política generada tras el conflicto.

Por consiguiente, en todo conflicto debe existir una clara subordinación de la acción militar a la acción política, porque sin control político se puede llegar a la desmesura de una guerra absoluta y sin sentido. Como Clausewitz decía

*“el acto primordial, el principal y más decisivo del juicio que ejercen el estadista y el general, es comprender rectamente la guerra que emprenden, no tomándola por algo o desear convertirla en algo totalmente imposible por su propia naturaleza”* (Clausewitz, 1999).

No obstante Ludendorff, tras la PGM, aduciendo que no se le habían facilitado todos los recursos posibles para la guerra, llegó a propugnar que la política debía subordinarse a las necesidades de la guerra, invirtiendo con ello la célebre ecuación de Clausewitz y subordinando la sociedad a la herramienta.

Pero la absoluta militarización de la guerra conduce a la transformación del combate en un fin en sí mismo; la guerra no se entiende así como una situación excepcional o extraordinaria sino como el estado natural y el final; no es entonces la excepción sino que es la ausencia de guerra, la paz, la que se presenta como un estado excepcional.

En las nuevas guerras la política impregna todos los niveles, hasta el extremo de que fenómenos como el terrorismo se desarrolla en base a acciones tácticas diseñadas para influir políticamente.

Es la política la que en última instancia fija los límites, las restricciones, las condiciones. Sin la política no puede entenderse la guerra. Es más, los límites no los imponen los medios, es decir las operaciones militares, los imponen los fines, es decir los objetivos políticos, aunque ciertamente los objetivos están condicionados por las opciones que hacen posibles los medios. Los límites del campo de batalla los debe fijar la política. Si la política no fija los límites de la guerra, la guerra además de total, se tornará absurda (González Martín, 2009).

Por eso, el criterio de que la victoria estratégica esté determinada por éxitos tácticos es falaz, pues depende de que se tome adecuadamente la situación en su conjunto – la guerra es un hecho integral, político - a través del estudio de los factores que la determinan y no mediante su mero análisis por partes, (Mao, 1972) hecho éste muy importante desde la perspectiva de la guerra asimétrica.

#### 4. CARACTERÍSTICAS DE LA GUERRA

De lo expuesto hasta ahora se deduce que al ser las guerras causales, para acabar con ellas hay que hacerlo de modo indirecto y atacar las causas que las provocan. Por esta razón, la utopía de acabar con las guerras implica simultáneamente una tautología, hacerle la guerra a la guerra y una *contraditio in terminis* pues, dada su naturaleza instrumental, se precisa de una fuerza coercitiva que debe ser, como mínimo, de un nivel equivalente al propio de las guerras en sí. Otro tanto cabe afirmarse de la guerra contra el terrorismo.

Además, el formalismo implícito a toda declaración de guerra, que definía el estado de las relaciones entre países, desapareció de facto, como consecuencia mayormente de sus implicaciones jurídicas – la guerra es antijurídica -, creándose un espacio de indefinición.

Los contornos de la guerra son, de por sí, imprecisos; como apuntará Lenin, las guerras no se declaran, simplemente comienzan. EE.UU hasta 2005, ha utilizado la fuerza en doscientas veinte ocasiones y sólo ha declarado la guerra en cinco. (Jordán y Calvo, 2005) La última vez que el Reino Unido declaró la guerra fue a Siam en 1942.

Aunque siempre sucede de la misma manera. Por muy centralizada que esté actualmente la guerra, ésta realmente sólo comienza con una delegación de poderes a los comandantes de escena.

Tucidides señalaba cómo la guerra hace que *“en el hombre sea semejante su furor al de las circunstancias.”* Desde este prisma, pensadores como Clausewitz consideran inútil, en primera instancia, todo intento de moderación en la guerra *“ya que siempre conduce al absurdo lógico.”* Como resultado, hasta la violación se ha convertido en un eficaz método de guerra.

Aplicando lo que denomina principios de acción recíproca, considera que la interacción de las partes generará una dinámica de acción-reacción con unos niveles de violencia crecientes que conducirán necesariamente al empleo de una fuerza sin límites; y desde el siglo XX los extremos son nucleares. La guerra

tiende a lo anormativo. Todo lo posible tiende naturalmente a materializarse; durante la Segunda Guerra Mundial, por ejemplo, no se discutió sobre la utilización del arma nuclear.

Pero también el pensador prusiano considera muy difícil que se den las condiciones objetivas para esta guerra absoluta y reconoce la existencia de principios moderadores prácticos, fundamentalmente, por el hecho de que la guerra sea un hecho aislado sino, por el contrario, incardinado como una más de las actividades del Estado. Y es precisamente aplicando esta lógica desde la que puede moderarse la guerra, aunque, eso sí, actuando sobre otras dinámicas y no directamente sobre aquella. *“La política es guerra sin derramamiento de sangre, en tanto que la guerra es política con derramamiento de sangre”* diría Mao, o en palabras de Clausewitz:

*“La guerra no puede separarse de la vida política; y siempre que esto ocurre en nuestro análisis de la guerra, se destruyen los numerosos vínculos que conectan los dos elementos y sólo nos queda algo inútil y carente de sentido”* (Clausewitz, 1999).

Además, no son capaces de emplear toda la fuerza durante todo el tiempo, sino que ésta se debe encontrar distribuida a lo largo de un período a modo de trenes de pulsos de energía variable (las campañas) y precisa de una serie de herramientas.

De ello se deduce que las guerras admiten muchos estadios de violencia que son fijados implícitamente por las partes en función de su relación con el entorno; la forma en que se materializa ese proceso de fijación es no recurriendo a otros más elevados, o recurriendo y generando una escalada; pero, no se olvide, la ley natural de la guerra es llegar hasta los extremos. La guerra es así, interactiva, al decir del General Foch *“una dialéctica de voluntades hostiles que emplean la fuerza para resolver el conflicto”*.

Paradójicamente, la lucha armada produce acercamiento: después de Jena, Prusia imita las instituciones francesas, tras la Primera Guerra Mundial se produce la revolución de Atatürk y tras la Segunda, Japón y Alemania a las norteamericanas. (Fraga Iribarne, 1962) Los uniformes militares son muy parecidos entre todos los países y culturas del mundo; como ya se apercebó Ibn Jaldún, (Issawi, 1963) siempre se asemejan a los más poderosos, a los del vencedor.

Los límites de este enfrentamiento vendrían establecidos racionalmente por el objetivo político al que sirven y los costes, directos o indirectos y de todo tipo, que la fuerza precisa. En cualquier caso, las relaciones

entre Estados, ligadas formalmente al Derecho Internacional, pasan a regirse por una normativa específica y excepcional, el Derecho de los Conflictos Armados, por más que conceptualmente se presente la guerra como un ilícito, además de cómo la negación del Derecho.

De la misma manera que Aristóteles hablaba de tres almas (sensitiva, volitiva y racional) que se superponen conforme al nivel de evolución en plantas, animales y el hombre, Clausewitz habla de una trinidad formada por el pueblo, el Ejército y el Gobierno cuya compenetración es esencial en los conflictos.

La guerra cuenta con una lógica propia, a la que Luttwak llama lógica paradójica, diferente de la lógica lineal aplicada a las situaciones ordinarias en la medida en que aquella induce a la unión e inversión de los opuestos (Luttwak, 2005). Los cálculos desarrollados según una lógica lineal son menos eficientes que los desarrollados desde la aprehensión intuitiva de la lógica dialéctica.

Por eso, el planteamiento lineal y estático según el cual, las armas lo deciden todo, es mecanicista y constituye una aproximación unilateral al problema de la guerra que ignora que el factor decisivo es el hombre. Una adecuada correlación de fuerzas debe tener en consideración no sólo el potencial militar y el económico sino también otros aspectos como los recursos humanos o la moral.

Clausewitz considera que *“todo en la guerra es muy sencillo, pero lo más sencillo es difícil. Estas dificultades se amontonan y determinan una fricción que nadie que no haya visto la guerra puede representarse felizmente.”* Fricción que viene producida por la acción del enemigo pero también por el azar, el miedo, las imprevisiones más simples...

## 5. CONCLUSION

En la batalla de Bermule entre Enrique I de Inglaterra y Luis VI de Francia hubo 3 muertos y 140 prisioneros. Como dijera Bouthoul

*“las guerras del Renacimiento, la de aquella batalla de Anagni... en la que hubo una víctima, un muerto por caída de caballo, eran guerras, mientras que la matanza de millones de civiles polacos a manos de alemanes, sólo fue un simple crimen”* (Bouthoul, 1984).

Si en todo el siglo XIX murieron quince millones de personas, en la Primera Guerra Mundial murieron en torno a veinticinco millones, en la Segunda Guerra Mundial se habla de ciento diez millones (Verstryn-

ge, 1979). En todo el siglo XX perecieron 187 millones de personas, el 10% de la población mundial en 1913 (Hobsbawm, 2007). Pero las cifras son siempre relativas; cuando Caín mató a Abel destruyó al 25% de la humanidad utilizando la quijada de un asno.

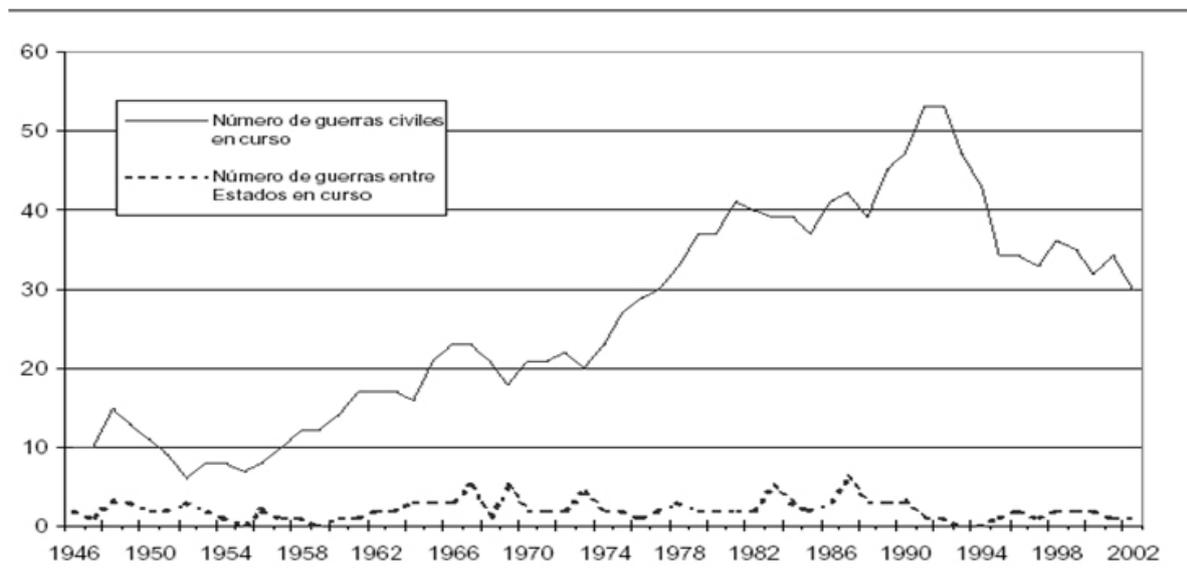
En esta línea Mary Kaldor sostiene que *“a principios del siglo XX la proporción entre bajas militares y civiles era de 8:1... en las guerras de los años noventa, la proporción... es de 1:8.”*; el número de civiles muertos en todo el siglo XX se cifra en 50 millones, el 60% del total.

Stepanova, (Stepanova, 2008) investigadora del SIPRI, mantiene que los conflictos sin la participación de los Estados producen de 2 a 5 menos veces muertos en combate, lo que no significa que sean menos violentos, sino que la violencia es unilateralmente dirigida contra la población civil y apunta a que, con los datos del SIPRI, en 2001 un 22% de la violencia dirigida contra la población es responsabilidad de los gobiernos y un 77% de los rebeldes, mientras en 2003 el 32% era de los gobiernos y el 68% de los grupos no estatales.

Así, puede hablarse de la *“urbanización de los conflictos”* ya que todas las batallas importantes del siglo XX tienen nombres de ciudades; es más David sostiene que las ciudades serán el campo de batalla del siglo XXI. En cualquier caso este autor considera que el número de guerras *“mayores”* ha disminuido; 27 en el siglo XVI, 17 en el XVII, 10 en el XVIII, 5 en el XIX y 5 en el XX. Pero también afirma que su poder destructivo ha ido in crescendo. (David, 2008) De hecho Tilly cifraba la mortandad por mil habitantes en 5 en el siglo XVIII, 6 en el XIX y 46 en el XX. (Tilly, 1992)

Además Stepanova señala, utilizando el informe Human Security Society (2005), que la espiral de violencia sería descendente; de acuerdo con este estudio el número de guerras, genocidios y violaciones de derechos humanos muestra una reducción en los últimos 15 años de 50 en 1991 se ha pasado a 30 en 2004; el número de guerras con más de 1.000 muertos, las guerras civiles y los genocidios, bajaron un 80%; los ataques terroristas un 50%, apuntando que si en 1950 murieron en combate 700.000 personas, en 2003 fueron 20.000. El riesgo medio de que un habitante tomara parte en una guerra se situaba en 0,4 en 2004, mientras entre 1945 y 1990 era próximo a un 1% (David, 2008).

En 2006 sólo hubo 3 conflictos armados que alcanzaron la intensidad necesaria. Los países más concernidos tras la Segunda Guerra Mundial son el Reino Unido (21), Francia (19 conflictos), EE.UU. (16 con-

**Figura 1.** Guerras entre 1946 y 2002


Fuente: Departamento de Estudios sobre la Paz y los Conflictos de la Universidad de Uppsala; e Instituto Internacional de Oslo de Investigaciones sobre la Paz.

flictos) (Stepanova, 2008). Y es que sólo una pequeña parte de los conflictos en el mundo se produce entre Estados. La revolución tecnológica y la globalización han multiplicado el poder de los actores no estatales favoreciendo el desafío al Estado y el conflicto asimétrico.

Una mirada atenta confirma que, en este campo, asistimos a la aceleración de una tendencia iniciada en el siglo XIX: esa centuria mostró un promedio de 18 conflictos armados por década, 65 % de los cuales eran intraestatales. En el siglo XX, ese promedio de conflictos ascendería a 27 casos por decenio, aunque variaría sustancialmente su composición cualitativa: los conflictos intraestatales representarían el 80 % por ciento. Ya en los años 70, llegarían al 90 % y a partir de los años 80 ese porcentaje se aproxima al 100% (Paschall, 1990). En 2008 hay más de 25 conflictos armados activos en el mundo, la mayoría asimétricos.

Y es que con la llegada del siglo XX, y fruto precisamente del incremento de la intensidad en las Relaciones Internacionales, se instrumentaron también muchos métodos de presión entre Estados, de las que la violencia armada – no siempre directa – era sólo uno.

Luís XI rey de Francia ya sostenía que *“el triunfo de las armas empalidece poco a poco y pierde trascendencia cuando hablan los embajadores.”* Idea ésta apuntalada por Raymond Aron *“la victoria militar no*

*es fin último, sólo un medio con vistas al verdadero fin, la paz en el que las voluntades adversas se unen.”*

La sustitución de la victoria por la paz, se convierte en prueba de la pérdida de autonomía de la guerra. La guerra en cuanto deja de ser independiente, y en su nivel de abstracción más alto, hace que sea complementaria y no opuesta a la paz en la que se aúnan medio y fin (García Caneiro, 1991). La guerra pues, posee su propia gramática pero la política es su cerebro, por lo que no cuenta con una lógica propia y genera una conducta específicamente política. (Schmitt, 2000)

No deja de ser indicativo que tras el Tratado de Versalles, prácticamente no hayan tratados de paz. La razón sería consecuencia de implicar a las sociedades en los conflictos; con ello se dota a la guerra de un componente inercial que hace que las condiciones de paz o no sean equilibradas y garanticen la paz futura, o no puedan ser aceptadas por las sociedades en cuyo nombre se suscriben.

De hecho, la derrota en guerra no sólo traía consigo un recambio en las élites dirigentes del derrotado, sino también de su forma política, cosa que antes no sucedía.

La diferencia entre fuerza y violencia se encuentra en una evanescente cuestión de legitimidad que hace que la guerra se desinstitucionalice y retorne a los viejos modos prewestfalianos, cuando se hacía entre grupos armados.

El monopolio de la violencia ha dejado también de pertenecer a los Estados y aparecen grupos y agentes transnacionales que la desarrollan; la distinción entre la guerra y el crimen se difumina entonces para hacerse depender de la fuerza y de la consolidación de una situación de victoria. Y sucede que la guerra se hace también hacia el interior y la función policial se extiende hacia el exterior.

La creciente complejidad que presentan los escenarios contemporáneos hace que la guerra sea un concepto que no recoja todos los casos categorizables de

procesos violentos que implican a grupos, y se quede pequeño para resultar útil como instrumento de estudio. El concepto de guerra como tal ha quedado desfasado en el siglo XXI ya que no cubre todos los fenómenos de violencia organizada posibles, y ni siquiera alcanza a definir la naturaleza de la rivalidad. La guerra se queda así en un término excesivamente militar para aproximarse a los enfrentamientos armados atendiendo a la pluralidad de planos en que viene a dirimirse el choque de poder.

## NOTAS

- 1 Ciudadanía y libertad eran términos, muchas veces, asociados al servicio de las armas en el mundo clásico. Así filósofos como Sócrates o Platón fueron soldados orgullosos de su condición.
- 2 Eurípides escribió "*Las Troyanas*" un alegato antibélico en el que describe los padecimientos de las mujeres de Troya tras la toma de la ciudad. También merece reseñarse la obra de Aristófanes
- 3 Título preliminar, Artículo 6. "*España renuncia a la guerra como instrumento de política nacional*".
- 4 "*Si vis pacem, para bellum*" (Vegecio Renato, 1988).
- 5 Citado así por Michael Howard (Howard, 1987) y también Gaston Bouthoul, (Bouthoul, 1984).
- 6 La frase "*la supervivencia de los más aptos*" formulada en estrictos términos biológicos fue trasladada a la esfera política dando cuerpo doctrinal a formulaciones preexistentes.

## BIBLIOGRAFÍA

- Bouthoul, Gaston. 1984. *Tratado de Polemología*. Ediciones Ejército.
- Clausewitz, Carl Von. 1999. *De la guerra T. I y II*. Ministerio de Defensa 1999.
- Constitución de la República Española*. Recuperado de <http://www.ateneo.unam.mx/textoconstitucion.htm>
- Darwin, Charles. *El Origen de las especies*. Recuperado de [www.librosenred.com/libros/elorigendelaspecies.html](http://www.librosenred.com/libros/elorigendelaspecies.html)
- David, Charles-Philippe. 2008. *La guerra y la paz*. Barcelona: Icaria.
- Fraga Iribarne, Manuel. 1962. *Guerra y conflicto social*. Madrid: Gráficas UGINA.
- García Caneiro, José y Vidarte, Francisco Javier. 2002. *Guerra y filosofía*. Valencia: Tirant Lo Blanch.
- González Martín, Andrés et al. 2008. *Evolución del pensamiento estratégico*. Documento de Trabajo del Departamento de Estrategia. X Curso de Estado Mayor de las Fuerzas Armadas, septiembre.
- Howard, Michael. 1987. *Las causas de los conflictos y otros ensayos*. Madrid: Ediciones Ejército.
- Jordán, Javier y Calvo, José Luis. 2005. *El nuevo rostro de la guerra*. Barañáin: Ediciones Universidad de Navarra.
- Hobsbawm, Eric. 2007. *Guerra y paz en el siglo XXI*. Barcelona: Editorial crítica.
- Ibn Jaldun. (Charles Issawi, selección, prólogo e introducción). 1963. *Teoría de la sociedad y de la historia*. Caracas: Unidad Central de Venezuela.
- Luttwak, Edward N. 2005. *Parabellum*. Torrejón de Ardoz: Siglo XXI de España Editores.
- Mao Tse Tung. *Escritos Militares*. Editorial Rioplatense, Buenos Aires 1972.
- Paschall, Rod. 1990. *LIC 2010. Special Operations & Unconventional Warfare in the Next Century*, Brassey's, New York.
- Schmitt, Carl. 2000. *El concepto de lo político*. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva.
- Stepanova, Ekaterina. 2008. "*Un patrón para el estudio de los conflictos armados*". En VV.AA., *Una mirada al mundo del siglo XXI*. Ministerio de Defensa.
- Tilly, Charles. 1992. *Coerción, capital y los Estados europeos 990-1990*. Madrid: Alianza Editorial.
- Vegecio Renato, Flavio. 1988. *Instituciones Militares*. Ministerio de Defensa.
- Verstrynge, Jorge. 1979. *Una sociedad para la guerra*. Madrid: CIS.